

Golondrinas...

Dicen que avistar una golondrina trae consigo el significado de vuelta a casa, de regreso feliz tras un largo viaje. Lucas gime levemente en su cuna, así que activo el escritorio remoto de mi portátil para permanecer conectada al trabajo y poder darle el pecho. Su boca se ensambla con mi corazón y una paz inunda mi alma. Estamos juntos, solos, en casa...

Sus mejillas se tornan de un color rojizo a medida que se va alimentando, él se va llenando de leche, y cada pequeña gota que va rozando sus labios es un latido de mi corazón y de mi pecho que brotan a la par por mi pequeño. Mientras estamos inmersos en nuestro compacto universo, la luz de la ventana nos baña la piel mientras escuchamos el canto de las golondrinas. Paraíso que me inunda cuando él está junto a mí.

Nuestro viaje nunca fue un camino de rosas, mucho pasamos antes de llegar a ese momento en el templado dormitorio de mi piso... Todo comenzó como un canto a la vida. Mi pareja llevaba unos casi 4 años luchando contra un adenocarcinoma gastroesofágico inoperable desde el Hospital de la Princesa, una sentencia con fecha de expiración. Ajenos a ese puñal por pura supervivencia, decidimos dar rienda suelta a nuestro amor pero tantas quimioterapias, radioterapias y demás medicamentos habían machacado a su cuerpo. Y surgió la duda... ¿recurrir a donación? Zeke, que así se llamaba el amor de mi vida, me miró y me dijo con una voz rendida "Cariño, yo no tengo derecho a privarte de la maternidad, si decides que recurramos a la donación estaré a tu lado, pero intentemos antes que sea mío...".

Como firmes defensores del sistema público, intentamos recurrir a uno de los hospitales de Madrid, que nos cerró la puerta en las narices dándonos por perdidos con mala educación pues "si tu pareja tiene cáncer no es asunto nuestro, fuera, vete a otro hospital". Quise pensar que se trató de profesionales aislados con intención de empujarnos a la monetización... Estábamos muy rotos para luchar y siendo yo mileurista y él pensionista por su enfermedad recurrir a una opción privada era una locura...y el reloj iba haciendo tic tac, tic tac... Nos liamos la manta a la cabeza por tratar de acelerar la espera pública de un tiempo que, por desgracia no teníamos. Guardamos nuestros principios por una vez y lo intentamos en una clínica, conscientes de que no teníamos ni muchas posibilidades, ni mucho tiempo, ni dinero para más de un intento...

A medida que iba preparando mis óvulos, inyecciones y visitas, Zeke estaba agotando la penúltima quimio y la quimio a su vez le estaba agotando a él. Una carrera contrarreloj con un objetivo claro y definido. Pruebas a nuestro material, pruebas a los blastocitos, pruebas y más pruebas para asegurarnos de que no habría ni rastro de cáncer ni anomalías. Una vida es una responsabilidad, más allá de todo el amor del mundo que puedas sentir.

Un día llegó la llamada. Estás embarazada. No parpadeé, miré a Zeke y él miró a mí. Nos fundimos en un abrazo. Lo conseguimos, éramos padres desde aquel momento. Una vida crecía dentro de mí. Zeke y yo estábamos unidos de por vida.

Nos casamos un día normal, lunes, en la Junta de distrito de Chamartín, en mi barrio de toda la vida, la Prospe... No importaba el mañana, teníamos todo lo que siempre quisimos. Amor, hogar y un bebé en camino. Si hubierais visto su cara en aquella ecografía cuando nos dijeron que teníamos un niño...ni os podéis imaginar lo que supuso eso para un enfermo de cáncer de 44 años. Jamás olvidaré aquel día...Perdonadme, tengo que parar de escribir para secarme las lágrimas un momento... Vaya, no hay manera, tendrá que ser relato pasado por agua. Y no tengo cebollas cerca para excusarme, qué faena.

Me diagnosticaron diabetes gestacional y riesgo de preclamsia, así que la vigilancia médica fue algo más estrecha. Me programaron el parto para la semana 39 aunque todo iba bien. Si hubiera podido echar marcha atrás lo habría hecho. Y ese mismo día el oncólogo de Zeke le dijo que el tumor se había hecho resistente, que no había más opciones y que le mandaba a paliativos. 44 años. Paliativos... el mundo se paró.

Un inciso. Otra cosa de la que no se habla es de la violencia obstetra que sufrimos las mujeres embarazadas en Madrid. Mientras que en otros países se penaliza, aquí implora el silencio... Desde una matrona que me forzó desgarrándome con sus áridas manos por hacer mal un tacto, sin mi permiso ni autorización rompió el saco amniótico, quería obligar a nacer a mi hijo que, obviamente como no era su momento, no funcionó. Llegó la epidural. Una novata me pinchó ocho veces diciendo que torcía la espalda, yo gritaba de dolor, quieta, diciendo entre gritos de sufrimiento que tenía escoliosis, que no me estaba torciendo. Mientras la matrona parecía estar sorda y me gritaba una y otra vez que no me torciera.

Lo que pasó al final fue que me anestesiaron tanto que acabé en quirófano, con una cesárea impuesta en contra de mi voluntad y de la salud de mi bebé, y tan drogada que estaba vomitando mientras me arrancaban a mi hijo de mis entrañas. Y sola, Zeke estaba tan malito que tuvo que quedarse en casa. Bajaron la cortinita que separa la vista de la operación y, mientras me limpiaban la boca, me enseñaron a mi hijo y se lo llevaron. No pude tocarle, ¿por qué no me dejaron besarle? Casi inconsciente, noté la cara húmeda por unas lágrimas silenciosas y pesadas. Zeke se estaba muriendo, dónde estaba mi niño...

Y por fin me lo dieron. Mi hijo. "Hola hijo, soy mamá, tu mamá. Hola..." y entonces ocurrió. Su boca rozó mi pecho por primera vez. Miedo y paz mezclados en un baño de hormonas y agotamiento. ¿Debería poner una queja contra el hospital en el que estaba por haberme forzado sin consentimiento? No había tiempo de guerra...él me necesitaba, y yo a él... Cuando hay amor te fundes en un abrazo, no hay energía que se pueda desperdiciar...

Al día siguiente, sin apenas fuerzas, vino Zeke y conoció a su hijo, sangre limpia de su sangre sucia. "Mi hijo, es mi hijo, le quiero tanto...". Nos fuimos a casa y, al cabo de dos semanas dando el pecho, empecé a tiritar en pleno verano. "Deberías ir al hospital mi amor". Sentía terror sólo de volver a aquel hospital de nuevo. "No, me quedo con paracetamol". Claudiqué finalmente y, mientras esperaba al transporte para ingresar en urgencias, le daba al pecho a Lucas con 40 de fiebre. Klebsialle y E. Coli por una cesárea que no se tenía que haber hecho, aunque por supuesto faltaron los segundos para culpar a la parturienta... Muchos antibióticos y mi bebé conmigo, adelgazando por culpa del resto de la medicina en la leche. ¿Mi leche estaba contaminada? No me iba a rendir, seguiría dándole el pecho y así lo hice. Pero cuidado chicas, un bebé nacido 15 días atrás no era considerado paciente y este hospital público madrileño negaba pañales a mi bebé. "Es que no es un paciente", me decían. Solo después de poner el grito en el cielo, mientras me amedrentaban sin poder moverme de la cama por la fiebre y tener a Lucas mamando, fue cuando reaccionaron con la cabeza agachada y me dieron lo que solicité. ¿Cómo que no se dan pañales a un bebe de apenas 15 días, cuando tenía 40 grados de fiebre y un marido en paliativos un domingo? Pues sí, ese es el regalo que secretamente nos dieron.

Afortunadamente, Lucas es un bebé fuerte... Nada le separaba de mi pecho y ese blanco tesoro líquido que le alimentaba. Bendita leche materna, bendita lactancia, bendito niño... Y de nuevo en casa, nuestro hogar. Pero Zeke se estaba apagando... parece que la vida no tenía planeado darme tregua.

Decidimos dar un último empujón a la batalla y solicitar una segunda opinión al Hospital 12 de octubre y, llevando a Zeke a oncología lo ví...Banco de leche. ¿Existía eso? ¿Se podía donar? ¡Qué maravilla! Se lo contaba emocionada mientras conducía a la vuelta llevándole a casa. Y empezó el sacaleches. Qué jaleo y cuánto cacharro pensaba...gorro, desinfectar esto, desinfectar aquello...pero ah, cuando sale la leche y vas llenando biberones, qué maravilla... Qué orgullo poder ayudar, era lo único en lo que pensaba... Así que, sin comerlo ni beberlo, me vi inmersa en lactancia materna, donar leche y socorrer a Zeke en sus últimos días... hasta que se apagó mientras daba el pecho a Lucas a su lado, hasta su último suspiro...

Y mi amada golondrina voló finalmente en paz. Lucas gime en su cuna meses después. Su boca se ensambla con mi corazón y una paz inunda mi alma. Estamos juntos, solos, en casa... Vuela golondrina mía, vuela, Zeke... Bendita leche materna, bendita lactancia, bendito niño.